

**Comentarios de Libro**

*D. A. Brading*

a) *The Original of Menean Nationalism*

(Cambridge Latin American Miniaturas), Centre of Latin American Studies, University Press, Cambridge, 1985, 119 pgs.

b) *Prophecy and Myth in Mexkan History*

(Cambridge Latin American Miniaturas), Centre of Latin American Studies, University Press, Cambridge, s/d, 96 pgs.

El primero de estos pequeños volúmenes (a) es el producto de un curso dictado en la Universidad de Berkeley y apareció por primera vez en Español en 1973 (en México). El segundo (b) reúne conferencias y comentarios bibliográficos aparecidos desde entonces a lo largo de un decenio. El conjunto tiene, sin embargo, unidad temática y de propósito, por un lado, mapear el origen del nacionalismo mexicano (como parte integral del conjunto de ideologías de este tipo en el mundo occidental), en comparación con los movimientos de ideas de Europa y América Española, es decir, demostrar "la frecuente idiosincrásica aplicación de ideas familiares a la particular circunstancia de México"; y por otro, descubrir "la marcada originalidad de la tradición política Mexicana cuando se la compara con el resto de la América Española (...)".

A este segundo propósito dedicamos este comentario.

El contrafondo de estos ensayos es una recuperación de tres siglos de historia colonial, y la formación de la Nueva España. Ese largo y complejo proceso histórico es presentado en su riqueza de tendencias y contradicciones. Allí se forjan los elementos que van a nutrir las sucesivas versiones del moderno nacionalismo mexicano. La memoria de la cultura azteca, la brutalidad de la encomienda y la arcadía de los misioneros franciscanos viviendo en "santa simpleza" entre los indígenas, la pieza fundante de la leyenda negra, la obra de Bartolomé de las Casas, producto de una vida de luchas, suyas y de la orden dominica, plasmada en Leyes de Indias, y el surgimiento de los mitos fundadores, incluyendo a Juan Diego y Guadalupe. Sobre el final del

período el florecimiento de un mundo barroco de notable originalidad, y el rechazo a todo ese universo a partir de las ideologías revolucionarias europeas.

Tal como lo señala el autor (a. Prefacio pág. 1) las teorías políticas nacionalistas se asocian, a partir de su más común fuente intelectual —"la reacción alemana a la filosofía universalista del iluminismo y Revolución Francesa"— a modos de pensamiento historicistas y conservadores. En el caso mexicano Brading señala en cambio, la originalidad del surgimiento de un protonacionalismo sobre fines del período colonial y como expresión de las élites criollas (luego del florecimiento cultural barroco del siglo XVIII), y como reacción ante la presión de las reformas del absolutismo ilustrado borbónico. Es sobre todo la figura de Fray Servando Teresa de Mier y su formulación de un pasado mítico (el apóstol Santo Tomás identificado con el dios Azteca Quetzalcoatl, y la virgen de Guadalupe continuidad de un culto mariano anterior a la conquista), quien une las piezas de una Nación Mexicana pre—existente, y recupera a la vez la civilización azteca como fundamento al derecho a autogobierno por la élite criolla (es muy perceptiva la diferenciación, por un lado, con las élites peruanas, sacudidas por la rebelión de Tupac Amarú y en competencia con un nobleza indígena, y por otro, con las élites criollas gran-colombianas y del cono sur), y sienta las bases de este primer planteo ideológico.

La reconstrucción de la obra de Mier, (cura jansenista que jugó un rol revolucionario y notablemente perdurable pese a su pensamiento básicamente conservador), y la formación de este pensamiento a través de una biografía ubicada tanto en Europa como en América en un momento de transformación profunda, es quizá lo más logrado de estos ensayos sobre formulación y adopción de ideologías. "El más perdurable elemento de su pensamiento, sin embargo, fue precisamente el tema que parece surgir del más profundo nivel de sus emociones, su instintivo nacionalismo mexicano. Su insistencia sobre la misión de Santo Tomás en el Nuevo Mundo deriva del viejo deseo de los Criollos de liberar el pasado Azteca del imputado dominio del demonio. Junto con Bustamante, él revivió la Leyenda Negra y exaltó el pasado indígena para repudiar la conquista Española y su legado colonial. El ayudó así a dar a la nación Mexicana un pasado patriótico en el cual Moctezuma y Cuauthémoc figuran como los antecesores políticos de Hidalgo y Morelos. No contando con la ayuda del idealismo alemán, Mier fue siempre un proto - romántico, atraído emocionalmente por el mismo énfasis sobre el

carácter nacional y el pasado nacional, pero incapaz de articular sus ideas más allá del estadio de unos pocos argumentos históricos (...). Mier nunca pudo liberarse de la profunda ambigüedad interna del patriotismo criollo, con su común insistencia sobre descendencia de los conquistadores y de la antigüedad indígena (...). Sin ser un pensador sistemático, el Padre Mier, en sus profundas contradicciones, corporiza las ambigüedades de esta primera fase del nacionalismo Mexicano". (a. pág. 65).

En otros ensayos se perfila la ruptura con esta tradición criolla, el surgimiento, a partir de la independencia, del liberalismo mexicano y su recepción en los sectores medios del México mestizo, hasta culminar en la Reforma y la figura de Benito Juárez. Enfrentándolas surge la imagen del conservador católico (y nacionalista económico) Lucas Atamán, aunque su fracaso se cierra en el fallido intento de la monarquía de Maximiliano. "En pocas palabras, los ideólogos liberales aspiraban a una república democrática y federal, gobernada por instituciones representativas, una sociedad secular liberada de la influencia clerical; una nación de pequeños propietarios, farmers y artesanos, con el libre juego de intereses individuales sin el estorbo de las leyes restrictivas y privilegios artificiales. Irrevocablemente individualistas, ellos asumieron la doctrina económica clásica de la mano invisible que armoniza los intereses del individuo y la sociedad. Cuando los obstáculos que bloqueaban el paso a la libre empresa fueran removidos, entonces la actividad del estado quedará reducida a la defensa, educación y seguridad interna. La libertad, ellos pensaban, traería prosperidad y progreso", (a. pág. 70). Educados en ideas francesas y con la imagen de Estados Unidos a imitar, los liberales vieron en la Iglesia, y en las instituciones indígenas (comunidades), los principales impedimentos al progreso y a la construcción de una sociedad moderna. ¿Cómo puede explicarse esta predominancia del liberalismo, - ideología desarrollada para satisfacer las ambiciones de la burguesía europea—, y su sostenimiento por una coalición socialmente progresiva, en un país como México? Brading sostiene una audaz analogía con la Rusia del Zar Nicolás e identifica a los liberales con los Occidentales, y al Padre Mier y a Bustamante (de ninguna manera en Alemania) con los eslavófilos, aunque señala la ausencia del equivalente populista, el socialismo agrario. Si bien audazmente encuentra en el padre Mier un equivalente de los eslavófilos, remarca que para estos criollos intelectuales el pasado Indio era "una historia antigua, comparable a la clásica Roma; no era un pasado gótico o medieval

corporizado en instituciones prácticas" (a. pág. 90). Ahora bien, aunque desdeñado por los liberales, e ignorado por indigenistas históricos, el pasado indígena sobrevivía en las formas comunales de tenencia de las comunidades rurales. Recién el paso de dos generaciones hizo que (en los años 20] de este siglo) estos principios comunales fueran el basamento de la Reforma Agraria.

Igualmente sugerente es el breve postscriptum (a. págs. 99-101) sobre el surgimiento del patriotismo liberal, basado paradójicamente en el modelo francés de "pueblo" diseñado por Michelet, Quinet y Víctor Hugo. Así es que se ve al moderno México (ni español ni indio) surgiendo de la rebelión de Hidalgo, y resplandeciendo en la figura de, "Comprometida en una salvaje guerra civil contra la iglesia y sus asociados militares, los radicales buscaron adornar la patria con todos los elementos de una religión civil (...). Con la victoria asegurada los liberales crearon un entero panteón de héroes nacionales, con un calendario de fiestas públicas (...), santuarios cívicos para celebrar una liturgia oficial (...) En la ciudad de México, el gran paseo de la Reforma fue diseñado con el mismo propósito (...)".

En el otro pequeño volumen (b) encontramos nuevos aportes en la línea de la historia de las mentalidades y sociología de la cultura. Pero en honor a la linealidad del argumento nos vamos a detener en el pequeño comentario bibliográfico (Interlude IV- págs.59- 61) y en el capítulo final sobre ideologías de la revolución mexicana.

El comentario se refiere a un libro "iconoclasta" de las versiones canonizadas de la Revolución "como esencialmente un movimiento agrario impulsado por la reacción campesina contra la concentración de la tierra que acompañó el desarrollo económico del régimen de Porfirio Díaz (1876-1910)". Se trata de la *Cristiada* de Jean Meyer (1974). Para este autor la revolución implicaría más la conclusión que la destrucción de la obra Porfirio Díaz. Sus héroes, son en cambio, los "vendeanos" mexicanos, los campesinos del Oeste que lucharon contra la Revolución y sus Anticristos en forma de generales y bandidos en nombre de Cristo Rey. "Tanto como los zapatistas -y Meyer enfatiza que numerosos zapatistas se transformaron en Cristeros- los campesinos buscaron liberarse de los excesos de la Revolución y soñaron con un sistema en el cual las aldeas podían con su propio destino, con la tierra distribuida entre los propietarios individuales" (b.pág. 60).

Detrás de esta rebelión se encuentra la reconstrucción de la Iglesia Mexicana, luego de la Reforma de mediados de siglo XIX, y su fuerte base en amplias zonas rurales (Michoacán, Guanajuato y Jalisco). El surgimiento de un clero mestizo, líderes naturales de comunidades. Esta revigorizada y ultramontana (romanizada) Iglesia también emprendió una modernización en su accionar social influenciada por el Catolicismo Social realizando congresos que hablaban de Justicia Social (1912), e instrumentando un partido Católico con peso electoral. Mientras las élites liberal y socialistas vieron esto como una amenaza de regreso al pasado Colonial, y el Presidente Calles y sus obispos se enfrentaban en conflicto, estalló esta notablemente espontánea y violenta rebelión auténticamente popular. "Luego de tres años de guerrilla y de contrainsurgencia caracterizada por usuales tácticas de atrocidad y relocalización forzada de la población, la paz fue hecha cuando el embajador Norteamericano Dwight Morrow, apoyado por el peso de Washington y el Vaticano (que nunca aprobó la revuelta) persuadió al Presidente Calles y a los obispos a llegar a un acuerdo. Abandonados por los jefes de la Iglesia, sin garantías, los Cristeros volvieron a sus campos, donde, en ocasiones, fueron asesinados", (b. pág. 61). Meyer sostiene que la coalición Revolucionaria victoriosa suprimió sin miramientos los dos grandes movimientos populares de esos años -zapatismo y cristiada-. Brading cierra la corta reseña con un comentario que lo liga a las anteriores reflexiones sobre "nacionalismo" y el "patriotismo" de la Reforma. "Es sorprendente observar como la Revolución profundizó y perpetuó la profunda diferencia existente entre una élite política e intelectual radicalmente secularizada y el pueblo que permaneció notablemente leal a la Iglesia. Como las fotografías del período lo muestran, tanto los zapatistas como los cristeros marchaban con las banderas de la Virgen de Guadalupe al frente, un hecho ignorado por los historiadores tanto radicales como Norteamericanos del movimiento. Fue la Reforma la que excluyó a la Iglesia de toda intervención en asuntos públicos. En este contexto, (a Revolución fue el segundo acto de un continuo asalto liberal sobre una institución a la cual la élite temía y detestaba. El significado de la Cristiada fue el dar aviso al directorio político de que había al menos un área en la vida nacional, donde el Leviathan no pudo imponer su voluntad".

Si la reconstrucción del pensamiento y vida del Padre Mier fue remarcable, no lo es menos, en el contexto de los modernos ideólogos del nacionalismo mexicano, el estudio

sobre José Vasconcelos, el ministro de educación y frustrado presidente, y de Molina Enriquez. El primero, autor de la "Raza Cósmica", propulsor de la educación popular e impulsor de un arte original corporizado en murales, aparece en el estratégico momento de ruptura con el positivismo y el darwinismo social, propiciando desde el idealismo romántico, una nueva Utopía o Tercera Edad cuyo sujeto era América Latina desarrollando una cultura original. Sus planteos, aunque idealistas, preconizan un socialismo y el predominio social de los trabajadores. Pero el fracaso político (ante el fraude de Plutarco Calles y la emergencia del PRI) lo encierra en una vía regresiva que culmina en su "Breve historia" libro en el que adopta un cerrado hispanismo. En contraste, Brading señala la perduración de la obra de Andrés Molina Enriquez, arquetipo del Darwinismo Social de fines del siglo XIX, y reivindicador de una "clase media mestiza" frente a una "oligarquía terrateniente criolla" y las clases bajas indígenas. Su obra "Grandes Problemas Nacionales" (1909), fue la base de la Constitución de 1917. "Molina Enríquez fue un nacionalista mexicano, un positivista radical y un Darwinista Social. A partir de elementos ideológicos usualmente conservadores, él construyó un motor para la reforma que no pusiera en peligro sus objetivos liberales. "El defendió el artículo 27 (la nación como propietaria primordial del territorio) basado en el principio Comteano de que los derechos de la sociedad preceden y son superiores a los de los individuos. "Similarmente, su definición de las haciendas como feudales y su calificación de todos los hacendados como Criollos, le permitió justificar la inmediata destrucción de la base del antiguo régimen en México, sin poner en peligro los inviolables derechos de propiedad de la clase media" (. . .) "En todos los puntos, Molina Enríquez eligió utilizar argumentos basados en historia o raza, para evitar toda acusación de comunismo o anarquismo" (...) "En su insistencia en la necesidad de la intervención dictatorial del estado, con poderes para actuar sobre trabajadores y campesinos, esencialmente con una dirección de clase se media, listo para actuar en alianza con los pequeños propietarios, M. Enríquez probó ser el profeta de la Revolución, y aún más, del partido que todavía gobierna México, el PRI".

Los ensayos culminan en un postcriptum (b. págs. 71/3) que es un diálogo con Octavio Paz, especialmente con su crítica "Postdata" (a Laberinto de Soledad) de 1970; y su trabajo sobre Sor Juana Inés de la Cruz, la gran poetiza del México Colonial Barroco de 1982.

Este gran escritor mexicano también comparte la fuerte antipatía por el período colonial que surge de un liberalismo tradicional fuertemente anticlerical. "Porque la cultura del catolicismo que animó el período colonial, y que, aunque modificada y erosionada, sin embargo todavía gobierna mucha de la cultura popular en México, es ofensiva tanto para los universitarios que forman los cuadros del gobierno, como también para la élite literaria que busca influir el régimen. Si el estado ha invertido grandes fondos para el Museo de Antropología y más recientemente para la reconstrucción de la gran pirámide de Huitzilopochtli frente a la Catedral, han sido en gran medida suscripciones populares las que financiaron la construcción de una gran basílica en honor de Guadalupe de Tepeyac. Si el museo está repleto de turistas y niños de las escuelas, por contraste el templo de Guadalupe de Tepeyac todavía atrae a cientos de peregrinos todos los días de la semana. Allí está un México muy alejado de la ideología del Estado, pero uno que tanto los primeros (misioneros) franciscanos como el padre Mier habrían reconocido. Porque el pasado aún vivo del moderno México, contra el cual las élites intelectuales, liberales o socialistas aún luchan, no es Anahuac sino Nueva España", (b. pág. 83).

Este descubrimiento de raíces para el caso de México, en el período colonial, y en el catolicismo popular, tiene el mérito de no encerrarse en una visión regresiva, y de no intentar ninguna vana apología. Ni apologías ni rechazos pueden cambiar profundas identidades y núcleos centrales de valor. Escritos desde afuera y desapasionadamente, estos ensayos son un desafío para una revisión de la historia cultural y de las mentalidades latinoamericanas. Pero para los historiadores del catolicismo constituyen un desafío aún más singular, pues avalando su singular presencia cultural, ilumina los mecanismos intelectuales, de poder institucional y de carismática adhesión popular de su implantación y persistencia. Como análisis de conformación de ideologías, y de su adopción o rechazo por estratos y generaciones, es ejemplar, y aunque no exhibe ningún aparato explícito de análisis, se inscribe en la tradición de Clifford Geertz que analiza las ideologías "como sistemas simbólicos".

Floreal H. Forni